

EL HOMBRE ENFRENTADO A LA VEJEZ: "EL ISLEÑO SE HA AFLOJADO ENTERAMENTE"

MONS. HUGO E. POLANCO

Al celebrarse los 150 años del nacimiento de uno de los dominicanos más conocidos y de mayor proyección de grandeza en los campos eclesiástico y político de toda nuestra historia, quiero dedicar unas páginas a recordar algunos aspectos de su vida, un poco desconocidos.

Cuando se acercaba el término de su existencia, Meriño comenzó a recordar sus bríos juveniles y a lamentar la situación de salud que se le venía encima: La tormenta estaba cerca.

Refiriéndose a sus momentos de juventud decía a Luperón: "Yo tengo algo del volcán en mi espíritu y necesita erupción... Nosotros no hemos nacido para la servidumbre. Seamos pequeños y pobres entre las naciones, pero seamos dignos y sobre todo seamos nación".

En 1905, cerca ya la hora final, escribe: "Somos y no somos, con las garras del águila yanque clavadas en las entrañas; *pero ni tengo ya las fuerzas de la juventud, ni acaricio ilusiones* viendo el estado de corrupción a que hemos llegado; y así todo lo sufro resignado".

El libro "Papales de Monseñor de Meriño", que ha publicado el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, como homenaje de la Feria Nacional del Libro en el 150 aniversario de su nacimiento (1833-1933), nos da algunas ideas de cómo pensaba el viejo roble, llegado ya el ocaso de la vida.

Parece que el paso de los años le hizo recordar lo que había leído en "Eclesiastés", "Por eso aborrecí la vida, al ver que cuanto se hace debajo del sol, todo es vanidad y apacentarse de viento, y aborrecí cuanto había hecho bajo el sol, porque todo tendré que dejarlo a quien vendrá después de mí" (2,17-18).

Por eso escribe: "Yo, de mi parte, tomaría poder dejar el Arzobispado y meterme en un rincón. Estoy tan cansado de luchar y sufrir contrariedades y de tantas cosas..." (carta de 8-VIII-1897, Pág. 150).

Y pocos días más tarde dice: "El cerebro me atormenta. Paciencia y barajas": (19-VIII-97, Pág. 151).

Dos años antes había escrito: "Estoy fatigado de tanto escribir. Tomaría que me cayeran los \$20,000 de Puerto Rico para dejar pluma y libros y Arzobispado. Qué golpe de fortuna sería para mí". (19-X-95, Pág. 136). Y añade, a Don Carlos Nouel, a quien está escribiendo, "Tú puedes sacarte lo mismo *después* para que *dejes* también", y añade en frase que demuestra que ya en ese año 1895, Meriño tenía cierta obsesión por la caída de sus defensas naturales. Le dice que después de tener con qué vivir, entonces "te espantes las moscas con calma y varillazos de matilla, quesillo y piña" (Idem, Pág. 137).

Pero el mal viene de atrás. Siempre en carta a Don Carlos, a quien escribía con mucha frecuencia, y Meriño era un gran escritor de cartas, tanto que dijo: "nos ahogamos escribiendo" (6-III-39, Pág. 116); se despide de él con esta frase corta: "Tuyo, vejete compadre" (17-XI-92, Pág. 113).

La situación política y económica del país le tenía preocupado. En 1893 la tiranía de Lili's se dejaba sentir cada vez más férrea y se buscaba alguna solución a los problemas nacionales, sobre todo que la moneda se había desprestigiado. Es el momento de la quiebra de la Westendorp, cuyas acreencias fueron adquiridas por una nueva Compañía, ahora norteamericana: la "Santo Domingo Improvement Company". Era también el tiempo de la lucha entre Eugenio de Marchena y Lili's, en la campaña de las elecciones de 1892, que Marchena perdió y al año siguiente fue fusilado por los esbirros de la tiranía.

El chismoterío era mayúsculo y Meriño sale en Visita pastoral a las tierras del Sur, y escribe: "Con gusto me habría quedado en "Túbano" (hoy Padre las Casas) hasta la semana Santa, y *para no oír ni saber nada*" (22-I-1893).

Haciendo siempre relación a su estado de mala salud, confiesa a Don Carlos lo siguiente: "Yo he pasado una quincena de días con el estómago en completa rebeldía. *Mala viejera me está cayendo*" (20-III-1897, Pág. 146). Consciente de eso, había dicho antes: "No estoy para más dibujos" (8-IV-95, Pág. 131).

El 1896 le recuerda que tiene 63 años de edad. Para su época era una edad bastante avanzada, pues la medicina no había llegado a los adelantos de hoy, y él se da cuenta de esta realidad. Todavía le quedan 10 años de vida, pero dice: "Con mi propio peso tengo bastante carga. Ah! Si yo pudiera volver 20 años atrás! " (12-V-1896, Pág. 141). Y dos meses más tarde escribe: "vejete achacosa, mala hipoteca" (16-VII-1896, Pág. 142).

Y en ese mismo estilo de ver las cosas de la vida, remacha el clavo al Canónigo historiador Carlos Nouel, que también se quejaba más que Meriño de sus achaques. Aún hoy podríamos encontrar grupos de personas a las cuales se

pueden dirigir las palabras del Arzobispo: "Ya sí te está cayendo la vejez con todo su arreo de dolamas! Reumatismo, erupción, ceguera... Misericordia Señor! y ay! si a eso se añade el vivir gruñendo" (27-VII-96, Pág. 143).

Meriño era un hombre muy humano, y aunque había sido presidente de la República (1880-82), el mejor orador del País y tal vez el hombre de más prestigio en toda la nación, no se desdeña de dar sus remedios caseros al viejo Nouel y Pierret, que había sido abogado, diplomático, juez, etc. y le aconseja el siguiente remedio: "Se asegura que los baños de la cáscara del mamey, hervida, es eficaz, para curar las erupciones rebeldes, aunque sean de carácter herpético" (30-X-96, Pág. 146).

Los últimos años de la vida de Meriño los encontramos retratados en la conocida obra de Amelia Francasci: "Monseñor de Meriño Intimo", que vamos a seguir para conocer esta faceta de la existencia de este hombre, que resumía en su personalidad las corrientes políticas y religiosas de nuestra nación.

Con la muerte de Ulises Heureaux, en Moca, al final del siglo pasado, comenzó otra vez el tiempo de las asonadas y de los gobiernos efímeros, acompañados de la efervescencia de las pasiones políticas.

"Hábame dicho Monseñor de Meriño un día, con un dolor tan intenso pintado en su noble rostro, que nos hizo comprender lo que a la vista se ocultaba:

"Amelia, las pasiones políticas son terribles! cuando arrebatan a un hombre no se sabe hasta dónde puedan conducirle! pocos tienen la energía de resistirlas! "

La herida honda, hondísima, que por causa de ellas existía en el corazón de ese hombre tan generoso y que nada había podido cicatrizar!

Si! la vi manando sangre! " (P. 235).

Y efectivamente, el dolor producido por la situación de su salud, ya decaída: el dolor que brotó de su corazón por el acontecer político; el dolor de no saber cuáles serían los rumbos de la República en un siglo que se iniciaba, fueron mermando todas las fuerzas del que había sido un gigante.

En sus Reflexiones al inicio de 1903, nos dice: "Abrese el año en 1903 en estas tierras colombinas rodeado de una atmósfera caliginosa. Percíbense gritos de guerra, ayes de miseria y de duelos acerbísimos que se levantan del seno de las sociedades angustiadas, llenando de consternación los corazones. Catástrofes espantosas, sangrientas luchas fratricidas, conflictos internacionales, y lágrimas y

orfandad y viudez y ansiedad y tristeza en los ánimos, y fatídicos presentimientos de mayores males”.

Y continúa exponiendo sus ideas al afirmar: “Y no se atribuyan solamente a la política, a la ahogada situación económica y al genio levantisco de los dominicanos los males que nos afligen: eso sería no ahondar en el estudio de las causas que han venido al cabo a producir tan deplorables efectos. El verdadero origen, funesto manantial de nuestras desgracias, está en la perversión de las ideas y de los sentimientos por las doctrinas liberticidas que vienen gozando de privanza de algunos años acá, y las cuales van acabando con todo respeto y, por consiguiente, con todo orden”.

Meriño estaba herido de muerte! Visitó a Amelia Francasci, escuchó sus sueños sobre el porvenir del País, y le contestó: “Bendita sea Ud., hija mía, que puede soñar..! *Yo no sueño ya!*”

La hermana de Amelia fue a visitarlo y al regresar, dijo: “No sé si estaría enfermo, o contrariado, *pero le hallé menos resplandeciente que cuando le veo aquí*”.

Era el momento de la “perversión de las ideas”, y Meriño dijo a Amelia: “No es porque llevo esto (el pectoral) por lo que Ud. me ve abismarme en la religión, no! Es por convicción absoluta, inquebrantable. *Creo porque creo*: Mi fe es inquebrantable. Estoy penetrado de ella y en ella moriré”.

En agosto de 1903, tres años antes de morir, todavía era el hombre descrito así por la célebre escritora: “Tenía como siempre la misma figura majestuosa, su misma arrogancia en el porte, pero en el rostro noté signos de cierta decadencia: una arruga transversal en la frente, dos pliegues a los lados de la boca. Su faz no lucía la expresión amable que lo iluminaba!

Perdone, Amelia, *díjome tan pronto me hubo saludado y sentándose*”. *Estoy mal. Me pesa haber salido*”.

“Si! estoy mal. Lo que acabo de encontrarme en las calles, me hace daño! Estos sucesos indignan! Estos sucesos. Ah! No sé lo que será de nosotros. Esta política! Lo que sufro, Ud. no lo imagina. No tengo esperanza alguna para este País. En menos de tres años tres gobiernos y lo que se prepara! Preví esto cuando estalló la revolución de abril y por eso la desaprobé. Comprendí que era el principio del desorden, de la anarquía política! Nada me sorprende ya! ”.

“Tengo el corazón enfermo! Jamás lo creí, pero ahora lo siento! ”. Después añade: “El catarro me ha doblado. Me siento el cuerpo como si me hubieran manteado; pero aún tengo más enfermo el espíritu! ”.

Pasados unos días, y ante la insistencia de Amelia, para que fuera a visitarla y saliera algo a la calle, le escribió: "Es que no salgo ni sé los días! no visito a nadie! y creo que resolvería el punto *enceldándome* de una vez, si no llevara el pectoral! y también me siento quebrantado. He tenido fiebre y... Vamos! No estoy a plomo".

Corría el año 1904, y ocupaba la primera magistratura del Estado un ex-Sacerdote, Carlos Morales Languasco. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado se pusieron tirantes. El Palacio Arzobispal fue allanado por la fuerza pública. Renacieron los ánimos en el hombre que parecía vencido, y escribió una célebre carta al Ministro de Justicia e Instrucción pública: "...No, señor Ministro, ni quitamos ni ponemos rey, ni profesamos más política que la del respeto a los principios de moralidad y orden que se fundan en la justicia para el bien común, crédito y honra de la República... Protestamos una y mil veces ante el Gobierno contra el acto de alta desconsideración e injuria con que se nos ha tratado por la autoridad pública". Afirma Doña Amelia que "su protesta es *él*".

Después escribe, en momentos en que ya ha dejado de salir a la calle, como acto de profunda protesta por la injuria recibida: "Hoy lo que siento es profunda debilidad; pero ya he comenzado *a calentar la máquina*, es decir a comer algo y mejoraré".

Para 1905 escribe a Amelia: "Mi mejoría es muy poca y me siento muy débil... Nada! *El isleño se ha aflojado enteramente!*

Hay momentos en que las fuerzas vuelven al hombre que tanto había trabajado, y él mismo lo afirma: "Estoy mejor, y tanto! que hoy he escrito más que un Feijoo, para despachar numerosa correspondencia oficial y privada. Caigo y me levanto y sigo tan campante, Ud. verá cómo aún doy que hacer en este pícaro mundo! "

La postración corporal va minando cada vez la salud del Arzobispo: "Ya no soy ni consciente"... Parece verlo todo ya con profunda indiferencia! Soy muy viejo ya (72 años) para seguir esperando vitales reacciones de un pueblo tan enfermo. Hace una semana que no me sentaba al escritorio".

En la última carta a Doña Amelia Francasci, Meriño parece decir lo imposible: "Yo soy siempre el varón que, en las luchas de la vida, se ha mantenido fuerte, inspirándose en los más elevados principios de la sana filosofía".

Pero, todo era en vano. Ya postrado, "ha enflaquecido un poco, afirma Doña Amelia, y también envejecido, pero conserva su figura augusta y su exquisita finura y su amabilidad. La voz siempre dulce, más débil".

Ante los rumores callados sobre el estado de salud del ilustre enfermo,

Doña Amelia envía un mensajero para traer noticias verídicas, y éste con la cabeza baja le dice: "Monseñor está fatal, fatal, fatal..."

Mientras tanto, rodeado de sus familiares, amigos y sacerdotes, después de recibir los sacramentos de la Iglesia, a la que había servido con la mayor entrega de su corazón, dijo Mons. de Meriño: "Me siento mejor, pero Uds. no tienen delante sino un cadáver". Sus postreras palabras fueron signos de que permaneció con su mente íntegra hasta el final.

Mientras el criado de Doña Amelia pronunciaba el último fatal, sonó solemnemente la campana llamada "vacante", desde la torre de la Catedral primada. Su voz era anunciadora de la muerte de los preladados y Dignidades del Cabildo.

Había muerto uno de los más grandes hombres que han ilustrado a la República Dominicana: El Presidente-Arzobispo Fernando Arturo de Meriño, el niño nacido en la oscura sección de Antoncá, y que escaló a fuerza de aletazos los más altos peldaños del Estado y de la Iglesia.

Hace ahora ciento cincuenta años que nació aquel niño, bautizado en el antiguo templo de Boyá, recuerdo de los últimos indígenas de la Isla, diezmados por la civilización. Allí tomó él impulso para luchar por el bien de su pueblo, el pueblo dominicano, que siempre le recordará con admiración.

BIBLIOGRAFIA

- Rafael Conrado Castellanos, "Fisonomía del Arzobispo Meriño". Barcelona; Casa Editorial Manccí, 1910. Cfr. Rafael Bello Peguero, "Padre Rafael C. Castellanos, Obras", I. Santo Domingo: s.e., 1975, p. 185-248.
- Amelia Francasci, "Monseñor de Meriño Intimo". Santo Domingo: Colección Pensamiento Dominicano, 1975. Prólogo de Mons. Hugo E. Polanco Brito.
- Fernando Arturo de Meriño, "Obras". Santo Domingo; Imprenta Cuna de América, 1906.
- Frank Moya Pons, "Manual de Historia Dominicana". Santiago: UCMM, 1977.
- Hugo E. Polanco Brito, "El Arzobispo Meriño a través de sus Cartas". "EME-EME-Estudios Dominicanos" 11 (1974, Marzo-Abril) 87-98.
- Emilio Rodríguez Demorizi, "Papeles de Monseñor de Meriño". Santo Domingo: Taller, 1983.